

—¿Por allí? recapacitó el viejo..... ¿por allí?..... por todas partes. Ya nada es como antes..... y luego que no se ha podido comprar la casita del pueblo.

—¿Para irnos allá? preguntó María.

El viejo parecía cada vez mas preocupado y no contestó. Guardó silencio por algun tiempo, fijando sus pequeños ojos en el azul del cielo.

Sus hijas no le perdian movimiento: notaron que movia los labios.

—Está rezando, le dijo muy quedo Rosario á María.

Aquella oracion inarticulada, sincera, espontánea, enviada en el destello de una mirada de sesenta años al azul de los cielos, inspiró un tierno recogimiento á las muchachas que rezaron tambien.

Y los tres guardaron silencio.

Las dos muchachas estaban sentadas á los lados del viejo, en la banca de piedra del portal.

Las manos de aquel anciano abandonaron el grueso baston en que se apoyaban, y levantándolas pasó sus brazos sobre el cuello de sus hijas.

Al sentir esta caricia las dos muchachas le besaron las mejillas.

—¿Está usted triste? preguntó María.

El viejo vió á María y la besó en la frente, y en seguida vió á Rosario y la besó tambien.

Rafael, el otro hijo del viejo, venia llegando con el ganado.

—Allí vienen tus cabras, María.

—Sí, padre, y los *chiquititos*.

—Cúdalas.

—El año que viene..... ¡ah, ya verá usted, viejecito! exclamó María, haciéndole un mimo á su padre.

—¿Por qué está usted tan triste, padre? preguntó Rosario.

—Por ustedes.

—¡Por nosotras! ¿hemos hecho mal en algo, le hemos dado á usted motivo?..... ¿No me porto yo como María, como si fuera yo de veras su hija de usted?

—Calla, calla..... no hagas caso, Rosario..... tonteas mias..... estoy viejo y.....

—Pero sano, padre, replicó María.

—¡Ay! murmuró el viejo, moviendo la cabeza.

—Vea usted, padre, cómo vienen los cabritos, véalos usted cómo juegan y qué contentos se ponen!

Y María se echó á reir con una satisfaccion pueril, pero envidiable.

Un pastor venia corriendo por la vereda delante del ganado.

—Ahí viene Juan.

—No trae ninguno muerto; ¡qué gusto! dijo María.

—¿Y por qué corre? preguntó el viejo.

—Porque viene á quitar las trancas y las espinas.

Los perros de la casa salieron del interior meneando la cola y ladrando como si hubieran olido el ganado, y se adelantaron hácia la loma para juntarse con los perros de los pastores.

Estos venían en formación y como satisfechos de haber cumplido con su deber, pues habían ayudado á juntar el ganado y ya regresaban al establo, dando buenas cuentas de sus trabajos: los perros de la casa les hacían fiestas y procuraban sacarlos de su formación; pero los perros formales no abandonaron el ganado hasta que vieron desfilar la última res en el establo.

Pepe y Rafael se pararon delante de su padre con el sombrero en la mano para recibir órdenes.

—Mira, Rafael, que abran los portillos de abajo y te pasas á la zanjita, que luego está mala con la yerba, la limpian.

—Está bien, padre.

—Ya venimos, dijo Pepe.

—No se tarden porque se mojan.

Pepe se acercó al oído de María para hacerle una recomendación con respecto á la cena.

—Volvemos á cenar, dijo Rafael dirigiendo una mirada á Rosario, que ésta recogió poniéndose colorada.

Los dos hermanos montaron á caballo y se dirigieron á buen paso hácia el campo, y ya, cortando por el monte, se perdían en las malezas por el lado opuesto dos puntos blancos.

Eran los dos peones que iban á abrir los portillos.

El viejo se levantó del asiento tan luego como sus hijos hubieron desaparecido.

María y Rosario fueron á contar los cabritos y dar la última ración de maíz á las gallinas y á las palomas.

Cada una de estas jóvenes llevaba en el brazo una canasta, y cuando arrojaron el primer puñado de maíz en el pequeño corral interior de la casa, se vieron rodeadas de todos sus *hijos*, como ellas les llamaban.

Entretanto el viejo hablaba con aquel peon que había llegado corriendo delante del ganado.

—Nada se dice, decía el peon.

—Cuando pasaron por la Soledad?

—Antes de ayer en la tarde.

—Y por *las ramas*?

—No me dijeron.

—¿Cuántos son?

—Como doce.

—¿Y la fuerza del gobierno?

—Salió también.

—¿No has visto *polvos*?

El pastor vió uno como á las dos de la tarde.

El viejo quedó profundamente pensativo.

En cuanto á la guerrilla en que militaba Don Jacobo, estaba en aquellos momentos como á ocho leguas del rancho que acabamos de describir, rancho cuyo nombre y posición geográfica pudiéramos fijar, así como los nombres verdaderos de los actores de las escenas que allí pasaron; pero tenemos el deber de respetar la memoria de unos y de guardar la debida reserva acerca de otros; y como por otra parte los hechos que referimos son auténticos, y su relato emanado de fuente fidedigna, tanto cuanto puede serlo un actor de las escenas que describi-

mós, hemos preferido cambiar nombres y no fijar lugares para que en ningun caso se nos tache de indiscrecion ni ligereza.

Hecha esta salvedad, volvamos á la guerrilla, á cuyo gefe conoceremos con el nombre de Capistran.

Capistran hizo por fin alto en el monte. Los caballos estaban fatigados y la falta de agua tenia á aquella gente en una situacion violenta.

El gefe encontró una eminencia á propósito para la observacion, y mandó un hombre á que se colocara y diera parte oportunamente de lo que viese. Mandó echar pié á tierra y se puso á platicar con su segundo.

—Por aquí jalamos hasta el otro rancho.

—¿Y los de la Soledad?

—Pues no fueron á seguirnos por allá.

—Eso es.

—Tienen que llegar hasta *El Gato*, y venirse por el pedregal toda la noche.

—Llegan tarde.

—Vaya!

—¿Y los otros?

—En eso está lo malo.

—¿Nada se sabe?

—Nada.

—Si han tomado por el camino real, ¿cómo á qué horas estarán de este otro lado?

—Hasta mañana, porque el rio viene crecido y no lo pasan: ó rodean ó se esperan.

—Y todo por ese viejo.....

Capistran agregó dos interjecciones y luego contestó:

—Van dos veces que avisa.

—Pero no es él, hombre.

—¡Que no!..... pues serán sus hijos.

—Son los de la Soledad los que avisan.

—¡Pero *álgame* señor! ¡qué ganas tengo..... de quererlos!

El vigía hizo una seña.

Capistran gritó:

—¡A caballo!

El vigía venia bajando.

—¿Quién viene? preguntó Capistran.

—El agua, gritó el vigía.

Dos ó tres soldados se rieron y otros desataron sus jorrongos ó sus mangas de hule.

—Siempre al rancho, dijo Capistran.

—A cenar, dijo uno.

Don Jacobo estaba *en bábia*; lo observaba todo con estrañeza, y la hambre le hacia concebir proyectos de exterminio. A sus solas iba pensando en una hazaña.

Pillar la primera gallina que viese, tenia apetito de gallina, y se figuraba que era muy conveniente robársela en habiéndola á las manos.

El agua no se hizo esperar, porque despues de sentir una ráfaga de viento frio y húmedo, empezaron á caer algunos goterones; luego se oyó una detonacion que rim-

bombó en las montañas, y en seguida se desató el mas formidable de los aguaceros.

Los caballos podian apenas caminar en los arroyuelos impetuosos que se formaban en las veredas del monte, y hubo necesidad de abandonar el camino conocido y atravesar entre las malezas.

Un rayo, cuya formidable detonacion hizo temblar á jinetes y caballos, acababa de desgajar un oyamel viejísimo, delante de la guerrilla.

Don Jacobo, cuando menos lo pensó, estaba rezando una *oracion contra* la tempestad.

El caballo de Capistran se habia encabritado y habia puesto al gefe en grave peligro de desburrancarse.

Al ruido del rayo sucedió el grito de Capistran y una cantidad razonable de blasfemias.

Don Jacobo cortó su oracion para escandalizarse de su gefe, y en seguida pensó que tendria necesidad de abandonar ciertas costumbres para llegar á ser gefe, tan gefe y tan hombre como Capistran.

Caminando incesantemente á pesar de la lluvia, la guerrilla se aproximaba al rancho.

—¿A cuál rancho vamos? preguntó un jinete á otro.

—Al de las Vírgenes.

—No lo conozco.

—¡Vaya! al de María y Rosario.

—¿Qué, de veras?

—Ya lo verá.

—El gefe está enojado.

—Vamos á tener campaña.

—Seguro.

Conviene al lector seguir con nosotros los movimientos del viejo del rancho.

—No te vayas, le dijo al peon; te estás en el portal. Y penetró en su habitacion, miró á su derredor para observar si lo veian sus hijas y tomó de un rincon un mosquete: lo reconoció escrupulosamente y en seguida lo volvió á colocar donde estaba.

El mosquete estaba casi inservible. Despues sacó de un baul una pistola que no estaba en mejor estado que el mosquete y volvió á guardarla.

En seguida levantó los ojos al cielo y se cruzó de brazos; recorrió con la vista la habitacion y se tomó la cabeza con ambas manos, como sintiéndose agobiado bajo el peso de ideas aterradoras.

¿Qué pasaba en la mente de aquel anciano? No parecia sino que un presentimiento de muerte le mostraba todo el horror de sus últimos momentos sobre la tierra.

Dejóse caer sobre una silla, y clavando la vista en tierra pensó:

—No es posible oponer la fuerza: ¿qué voy á hacer con esas armas?..... y mis hijas..... ¡ah! seria horrible, me matarian primero..... ¡Ay! pobre país, pobre patria en que ví la luz! Si el señor Hidalgo me viera hoy..... Por todas partes el asesinato y el robo..... y yo en medio de estos montes, sin esperanza de abrigarme en la

poblacion, expuesto á todo..... y viejo..... y sin armas!.....

El viejo se perdió en un mar de tristes reflexiones: el agua, como él lo habia previsto, habia empezado á caer á torrentes, y él no lo habia percibido; pero de repente levantó la cabeza y exclamó:

—¡El agua, el agual que se aniegue todo, que se pierda todo, pero que mi casa sea una isla para que ese hombre no pueda entrar..... Dios me oye: ¡qué aguacero! ah!..... es imposible que lleguen aquí, y mañana..... mañana nos vamos. María! gritó en seguida; Rosario! acá, muchachas!

—¡Padre! respondió de léjos María.

—Ven, vengan las dos.

A pocos momentos María y Rosario estaban delante de su padre.

—¿Está usted malo, padre? preguntó María.

—No, no; se apresuró á contestar el viejo, procurando ocultar su emocion; es que..... es que mañana nos vamos.

—¿A dónde, padre?

—Al pueblo, nos vamos á vivir al pueblo.

—Qué bueno! dijeron á un tiempo María y Rosario.

—¿Y mis palomas? me llevo mis palomas? agregó María.

—Sí, todo, todo te lo llevas, porque no hemos de volver.

—Nunca?

—Al menos ustedes, no.

Un movimiento de sorpresa en las jóvenes obligó al anciano á continuar:

—Y no es porque yo sepa nada, pero..... los tiempos están malos, y hay mucha gente de esa que se lanza á la revolucion y que..... qué política ni qué principios..... robar, solo robar es lo que quieren; y como luego suelen caer..... en fin, yo no temo por lo pronto..... pero, á la larga, sabe Dios..... y ustedes, como niñas, tienen que perder.

—¿Y mis hermanos? se apresuró á preguntar Rosario.

—Mira, Rosario, en cuanto á Pepe, irá y vendrá; pero Rafael se quedará aquí.

Rosario hizo un movimiento que no pasó desapercibido para el viejo, quien repuso:

—María, voy á hablar con tu hermana á solas.

María salió.

—Ya lo he entendido todo, continuó el viejo; desde que supiste que tú y Rafael no son hermanos, han dado en quererse mas..... pues, como esa aficion ya es, como si dijéramos, de amantes, ya ves, hija, que esto no puede seguir así, y es necesario que lo que ha de ser, sea, y no cargue yo sobre mi conciencia con haberlos dejado así..... yo no he hablado con Rafael, pero se le conoce que te quiere: ¿es cierto?

—Es cierto, dijo Rosario, bajando los ojos, y luego preguntó:

—¿Y aquí se queda solo?

—Sí, Rosario, aquí se queda; pero con animales buenos para que pueda salir de un apuro.

Durante todo este tiempo los aguaceros se habían sucedido unos á otros: algunos truenos cuyo estrépito se aumentaba con los ecos de las montañas vecinas, habían interrumpido varias veces el diálogo anterior. Todavía permanecieron el anciano y Rosario por algun tiempo hablando de proyectos para el porvenir; pero esta conversacion, á medida que parecia tranquilizar al viejo y sacarlo del estado de desasosiego en que ántes lo hemos visto, parecia entristecer mas á Rosario.

Notólo aquel excelente anciano, y como para tranquilizar á Rosario y fortificarla en la resolucion de emigrar al dia siguiente, se atrevió á hablar de esta manera:

—La verdad de todo es, que aquí ya no podemos estar seguros, ni tengo un solo dia de tranquilidad desde que ese hombre me ha mandado amenazar.

—¿Capistran?

—Sí, Rosario, ese hombre tiene malas intenciones, conoce la tierra, y es difícil que por aquí logre alcanzarlo la fuerza del gobierno: yo temo que el dia menos pensado.....

—¡Ay padre! si es así, nos iremos esta misma noche.

—Seria una locura: ademas, es inútil, porque con estos aguaceros nadie puede en toda la tarde entrar á la cañada, de manera que estamos seguros; pero mañana sin duda dormiremos ya en el pueblo: ¿estás conforme?

—Usted lo manda.

—Vamos, vé á hacer tus líos sin perder tiempo, y que María se disponga tambien.

Rosario y María, conmovidas profundamente por aquel cambio que se preparaba en su vida, se entregaron á la mas animada charla, en la que no olvidaron detalle ni circunstancia de todo cuanto pudiera convenir al nuevo plan.

Iban á abandonar de pronto no solo la casa querida en que nacieron, sino todos los objetos que por tanto tiempo habían sido testigos de sus pesares y alegrías.

María lloraba por sus cabritos y por sus palomas, y Rosario por sus flores, por sus recuerdos y por su amor. En los momentos en que por primera vez iba á separarse de Rafael, sentia por primera vez todo el valor de su cariño.

La certidumbre de la separacion, realizaba toda la intensidad de un sentimiento que habia nacido á la par de las flores de su jardincito, como las flores habia crecido, y como de sus flores, Rosario habia recogido de aquel amor desde la primera emanacion.

¡Ay, pero acaso tras de las negras nubes que se desgajaban á torrentes sobre la cañada, estaba escrita por la mano del destino una sentencia formidable!